

OJO DE TIGRE

Casi se cumplían dos años de la muerte de Alba y su recuerdo ya había abandonado mis largos insomnios y ahora se adueñaba de mis tristes silencios al comer, de las historias que imaginaba en mis libros, del deseo absurdo por haber hecho más largas las despedidas que tuvimos, los besos, la comida que hicimos con prisa para que ella regresara a la oficina. Y pensaba en todos los "ok" que fueron enviados sin un "te amo", la absurda añoranza de un presente que nunca más se repetiría. Después de la negación tuve depresión, seguida de aceptación y luego llegó el reproche, ese duró mucho, pero, de los males el menor. Me sentía mejor, o al menos, sin tanto malestar, las lágrimas habían dejado de salirme de los ojos en momentos inesperados. Era una mañana igual de simple que cualquier otra, Romina a mi lado, mi cuarto sin ventanas siempre oscuro y mi pulgar deslizándose por la pantalla sucia de mi teléfono, fue cuando encontré la publicación de una buena amiga que decía así:

"Me metí a una app de citas —emoji con lentes de sol— resulta que a todo mundo le encantan los libros, el vino tinto, la poesía, el arte, las buenas charlas. Ah, además que nadie bebe y mucho menos fuma, son súper *fitness*, veganos, pro, etc... Me quedé así iraaa. —emoji sorprendido— ¡Qué sorpresa! Puro intelectual ahí —pulg ar arriba—"

Una sensación de emoción e incertidumbre recorrió mi ser. ¿Sería que podría conectar con alguna mujer de mi agrado fuera de mi círculo social y sin salir de casa? Enseguida descargué dicha app, elegí mis mejores fotos y antes de poner mi descripción, eché un vistazo en Google, busqué: formas adecuadas de describirte en una app de citas y tener éxito.

" No debe ser tan formal como para parecer CV, ni tan escueta como para parecer un psicópata, mucho menos tan simple para no llamar la atención: 'Debes hacer un llamado a la acción', 'Que ellas sepan que contigo se van a divertir'", rezaba el mini tutorial del blog indie que hallé en mi búsqueda de quince segundos en Google.

"Soy Claudio Santomé, dos años soltero porque mi exnovia murió frente a mí; fue un accidente, no crean que yo la maté, no soy feminicida, ehh, ja, ja". Mala idea.

Decidí hacer un resumen de lo que soy, fue fácil:

"Hace un tiempo dejaron cinco perritos fuera de mi depa, los rescaté, nadie los adoptó y me los quedé."
—Tipo de buen corazón—

"Tengo dos libros publicados por ahí". —Interesante, pero sin llegar a ser pretencioso y poner todo el peso de su valor en su quehacer "intelectual" de escritor—

"Geek, fan del fútbol, el cine y los videojuegos".
—Un tipo con placeres mundanos como todos, pero muy diferente por los puntos anteriores—

"Más sobre mí en @el_literario, perfil público."
—Red social donde no necesitaban seguirme y podrían ver más fotos, para las realmente interesadas—

El experimento fue exitoso, conecté con al menos veinte mujeres, unas interesadas en mis perros, otras más, en lo que escribía. De esas veinte, la conversación sólo prosperó con la mitad, y de las que quedaron, sólo con una concerté mi primera cita tres días después de que intercambiamos los primeros mensajes. Luego de esa primera cita y mi argumento irrefutable de: "No busco nada serio, pero no estoy cerrado a experimentar", le sucedieron bastantes citas con mujeres distintas en un mes, a veces sólo una cena, en otras ocasiones el deseo nos llevó más allá, pero luego, no había nada. Nunca hubo segunda cita, sólo el común acuerdo en mi generación: El "*ghosting*".

Dejé la app por un mes, perdía mucho tiempo, dinero y energía. ¿Deseo sexual? Tengo dos manos para escribir, "el diablo no elucubra planes en una cabeza ocupada", decía mi abuela.

Un par de meses después un mensaje de la app me invitó a volver: "Claudio, te extrañamos, te regalamos cuatro mensajes directos para que conectes con tu persona ideal".

¿De qué se trataban los mensajes directos?

Las apps de citas son un catálogo de seres humanos. Aparecen cientos de perfiles —mujeres en mi caso— y si el perfil que estás viendo te gusta, deslizas el dedo a la derecha, si no te gusta hay que llevar el dedo a la izquierda y, si por azares del destino —del algoritmo— la persona dueña del perfil que deslizaste a la derecha también ve tu perfil y desliza a la derecha, automáticamente se convierten en "match" y pueden comenzar a intercambiar mensajes.

Los mensajes directos que me "regaló" la app dejaban saltarse ese azar y coincidencia —algoritmo—; como su nombre lo propone, puedes enviar un mensaje y aparecer directo en la bandeja de entrada de tu prospecto, algo así como un "Ey, existo y me interesas". Luego todo dependería del prospecto, de si contesta o decide ignorarte —de la misma forma que te ignora el algoritmo—.

Comencé a navegar en el catálogo de mujeres, y la vi:

Eréndira, 33 años

"Me gusta lo muy interesante e intelectual, así como lo muy estúpido. Si tienes una mascota, seguro la voy a acariciar, experta en *stickers* y memes".

"Interesante, intelectual y estúpido". Ese soy yo, pensé. Pero enseguida puse los pies sobre la tierra: Su belleza, fotos en playas en el extranjero, vestidos de diseñador, vacaciones en Europa y su cuerpo de modelo AAA, evidenciaba que jugábamos en ligas distintas. Ella *Premier League* y yo peleaba el descenso en Liga MX.

Pero debía intentarlo, no había nada que perder. ¿Qué mensaje podría mandarle? Lo pensé un poco, apelar a su belleza y lo deslumbrante que lucía en sus fotos sería un grave error, seguramente recibía mensajes así a diario, mucho menos aventurar una invitación apresurada a salir, ¿en verdad ella tiene necesidad de salir con un extraño? No.

Sólo podía usar ciento sesenta caracteres, escribí lo siguiente:

Estoy muy interesado en tu cartera de stickers. Te propongo un intercambio justo, tengo varios originales de mis perritos. —emoji de ojos y cara sonriente—

Pasaron veinte minutos y respondió:

Hola, Clau, me parece buen deal. Y dejó su número telefónico.

¡Había respondido! ¡Dejó su número! Fue tan fácil, seguramente algo raro se escondía, era imposible que todo marchara bien —"La cotidianidad de siempre recorrer el camino de la amargura", diría un buen amigo—. ¿Y si era una mujer hermosa que trabajaba con una banda de tráfico de órganos? ¿Y si esa perfección y belleza era producto de varias horas de operaciones y en verdad había nacido varón y su voz era más gruesa que la mía? Tal vez tenía todo más grueso que yo.

Esperé un par de horas para mandarle WhatsApp, saludé y atacué con un *sticker* de Romina, Eren respondió el saludo y escribió que no tenía *stickers* por ahora, que había cambiado teléfono, prometió en breve mandarme algunos. No respondió más durante ese día.

Al mediodía le mandé otro mensaje y un audio, le dije que eran mis cartas fuertes y que esperaba que ella tuviera material al nivel. Respondió con un audio, escuché su educada voz femenina. ¡No era un transexual! Me mandó un par de *stickers* disculpándose de nuevo por no tener otros mejores que compartirme y desarrollamos una charla de intercambio de mensajes bastante sustancial. Me enteré de su vida, abogada de una firma prestigiosa, fan del anime, como yo, interesada en

adentrarse al mundo del entretenimiento de horror y ama la lectura. ¿Dónde habías estado todo este tiempo?

Emocionado propuse reunirnos pronto y a ella le pareció buena idea. Fue justo cuando me di cuenta de que, en ese par de días, no había sufrido por Alba, estaba ilusionado, mi interés por Eréndira era real. "Acepto la propuesta, nos vemos pronto, Clau". Sentenció en su último mensaje de la noche.

El gran plan comenzó un martes por la mañana, Eréndira envió un mensaje: Oye, ¿qué harás hoy? ¿Hacemos algo? Pero yo estaba perdidamente dormido gracias a una noche anterior de desvelo. No leí su mensaje hasta las catorce horas. Ese día tenía un compromiso a las diecisiete. Aunque estuve a punto de romper mi compromiso para ver a Eren, decidí que no era justo; le envié un mensaje disculpándome y rechazando la invitación.

Luego de cancelar, pensé que había perdido mi oportunidad, que nunca la conocería. ¡Vamos! Una mujer así es de una vez, de sólo una vez en la vida. ¿Qué podía yo hacer a mi favor? Le mostré mi interés auténtico y confesé mi pena por no haberla conocido ese día, pero le recalqué que todo el resto de la semana estaría libre y aproveché para invitarla a una presentación de libro, básicamente mi regreso a los escenarios luego del deceso de Alba, aunque no presentaría un libro donde yo

participaba como editor o escritor. Había sido invitado para leer un texto erótico de un escritor que no podía asistir al evento. Eréndira aceptó, y otra vez, de manera fácil y fluida, teníamos una cita el siguiente viernes.

No le creí, estaba seguro de que no iría, seguro cancelaría a última hora o simplemente no contestaría más. Era bastante coherente que prefiriera pasar su noche de viernes con alguien conocido que con un extraño en una presentación de libro *underground* entre luces rojas mortecinas y tipos extraños maquillados como Brando Lee en *El cuervo*. Estaba preparado para la decepción.

En los días previos a nuestro encuentro, Eren y yo mantuvimos comunicación escasa pero constante; la traduciría como la de dos adultos interesados uno en el otro, pero con cientos de prioridades más en sus agendas. Claro está, con una fachada resistente a cualquier encanto que podríamos encontrar en la otra persona; precauciones de corazones cerrados por reparación. Hablamos de nuestros gustos diversos, el cine, la animación japonesa, de mis cinco perros y su Chihuahua. Cuando la conversación ya no iba a ningún lugar, la salvábamos compartiendo memes o videos chistosos de hombres recibiendo golpes imprevistos en sus genitales.

Aunque la cita ya estaba pactada, para mí el hecho aún parecía increíble, pues desde mi perspectiva, Erén-

dira jugaba en ligas mayores; flamante favorita al título de *Champions League*, y yo, ya con el ánimo y bríos un poco arriba, contendiente al título de la bien ponderada Liga MX. Me sentía como Rocky recibiendo la oportunidad de Apollo Creed para contender por el campeonato mundial.

Tuve que disfrazar mi ansiedad por recibir otra confirmación con mensajes casuales de doble intención:

Hoy es mi lectura, estoy nervioso.

Te va a ir de lujo, allá nos vemos. Contestó.

Un poco más tarde, mientras yo iba camino al evento, mandé otro mensaje:

Uy, ya empezó a llover, ojalá no se te complique con el tráfico. Tardó un poco, pero respondió:

Espero que no, pásame la ubicación, por favor.

Todo marchaba, parecía que no iba a cancelar, sentí nervios por la realidad y muy dentro de mí deseaba que Eréndira no se presentara, pues, desde la primera vez que vi a Alba, no me sentía tan ansioso y emocionado por conocer a una mujer.

La presentación estaba por comenzar, faltaban escasos minutos y mandé el último mensaje:

Ya dieron la tercera llamada, ya casi empieza.

Eréndira vio el mensaje y no contestó; pasó una hora, casi terminaba la presentación.

La autora anunciaba micrófono en mano que el siguiente número sería una lectura. Yo estaba por subir al escenario y Eren no llegaría esa noche, un gusto agridulce de decepción y tranquilidad abrazó todos mis nervios y emociones; en un suspiro de resignación alcancé mi celular para ver la hora, había un mensaje de Eréndira:

Llego en 15 minutos, Clau. El mensaje tenía catorce minutos esperando ser leído.

Con la piel erizada, las emociones disparadas, una sonrisa abarcándome el rostro y temblando de nervios, de esos que dan escalofríos, dirigí mi mirada incrédula hacia la entrada principal. Encontré su rubia cabellera reflejando las luces rojas que se colaban por el resquicio de la puerta a medio abrir, el cadenero tomaba sus datos, ella se recogió el cabello detrás de la oreja mientras dictaba algo que no pude entender; su perfil perfecto fue un ramalazo a mis sentidos, se me detuvo el tiempo como a Edward Bloom de *El gran Pez*. Bajaron la cadena y ella entró, levantó la mirada y encontró la mía; le regalé mi sonrisa más estúpida, agité mi mano al aire en son de saludo.

—¿Eres tú? —dijo extrañada y sonriente. Era perfecta, esa noche el conjuro más poderoso se materializó en ella y descubrí en su belleza el rostro de la buena fortuna.

—Sí —dije hipnotizado, aunque mi respuesta hubiera sido igual a cualquier pregunta que saliera de su boca.

Se acercó, pegó su mejilla a la mía y me regaló un abrazo.

—Mucho gusto, creo que ya te están hablando en el escenario, ve, dalo todo.

Regresé a la realidad y apresuré mi paso al plató, comencé la lectura y busqué a Eréndira entre la gente; estaba en la última fila de asientos, levantó su teléfono para grabarme. Sonreí y me sentí vivo, como no me había sentido desde la muerte de Alba. Hacía tanto que a mi mesa la ilusión no llevaba nada de comer.

Apenas bajé del escenario el evento terminó y el bar cerró. Pero Eréndira y yo teníamos que compartir más; sin pensarlo fuimos a un Oxxo y en vasos de café vaciamos un par de cervezas del *six* de latas que compramos. Cruzamos Av. Reforma y nos sentamos en una de las escalinatas de la glorieta del Ángel de la Independencia; quedó sentada a mi lado derecho, estábamos muy juntos, su aroma aún recorre mis recuerdos.

Bebía la tercera cerveza de la noche, estaba relajado, mis piernas, mis nervios y mis penas se sentían livianas.

—No tenía pensado que así terminara el evento, perdón, seguro es tu cita más rara con un tipo de esta app —aventuré intentando romper el hielo.

—Para nada, es la segunda y hasta ahora va mejor —respondió Eren relajada y perfecta.

—No sé si debo sentirme halagado o darte el pésame —Eren se rio fuerte y nos miramos, conectamos—. No, en serio, qué bueno que viniste, gracias por darte el tiempo, además estamos en uno de mis lugares favoritos de la ciudad, aquí suelo venir a pensar o a inspirarme; en este lugar han nacido buenas cosas —agregué.

—Al contrario, Clau, disculpa por llegar tarde, pero qué bueno que te escuché leer; es un bonito lugar, qué bueno que estamos aquí, me gusta.

—Pensé que no vendrías, y qué bueno que aprecias el lugar. ¿Te gustó como leí? —en una mirada pícara y una sonrisa de media luna ella asintió moviendo la cabeza.

—Uff, bueno, ya estamos del otro lado —rematé socarrón al tiempo que le di un par de golpecitos de complicidad en el hombro.

Ella rio y sentenció tajante:

—Creo que somos muy distintos.

No estaba preparado para eso, me di un momento de silencio y desvié un poco el sentido de la conversación:

—Claro, qué flojera que todos seamos iguales, bendita diversidad. ¿Imagina un mundo de puras Eréndiras y Claudios? Tanta perfección implotaría en la realidad.

Pero ella no perdió el hilo de la charla.

—Me refiero a otras cosas, mi mundo es un poco mundano, Clau, negocios, dinero... ¿Capitalismo? Y tú, un enamorado de la cultura, de ayudar; no sé, tal vez no estemos muy interesados en adentrarnos en eso.

—Tal vez —respondí algo decepcionado—. Háblame de tu primera cita con alguien de la app, ¿cómo fue? —desvié el tema otra vez.

Me habló de un tipo controlador, que le eligió el platillo, la bebida y la película de superhéroes que verían esa noche; yo le conté del puñado de citas que tuve y la constante del *ghosting*; me preguntó por mis sueños más extraños y fui sincero, ella me contó los suyos, nuestros sueños trataban de deseos raros y reprimidos que exponíamos al dormir, en los cuales coincidimos, al igual que en la devoción absoluta a un par de series de animación japonesa. Estar juntos era interesante, divertido, emocionante. Y con el paso de los minutos, la charla tomó rutas extrañas, nos adentramos en lo efímero de la belleza, relaciones pasadas, nuestros miedos, dudas, anhelos y el padecimiento de la frágil condición de humanos rodeados por estándares absurdos del presente

ominoso, me pidió que le aclarara con detalle por qué ella jugaba *Champions League* y yo Liga MX. Puso en mí toda su atención.

Experimentamos ambos el milagro de hallar donde restaurar nuestros pensamientos íntimos e ideas más privadas, un sitio perfecto: la mente del otro.

—¿Sabes? Me niego a darte la razón —dije de repente.

—¿Cómo, de qué hablas? —articuló extrañada.

—Me niego a aceptar tu comentario acerca de que tú y yo somos muy distintos y no tenemos nada que hacer juntos; si tú argumentaste tajante, creo que tengo el derecho de refutar de igual manera —Eréndira sonrió y movió su mano en son de darme la palabra.

Respiré profundo. —Llevamos casi una hora sonriendo —los nervios me invadieron y no logré sostenerle la mirada, puse mis ojos en la lejanía del arco sin flecha de La Diana— y estamos hablando como si nos conociéramos desde hace, al menos, un año; además, tú y yo sabemos que conectar así con alguien en estos tiempos es bastante difícil; y creo que dos personas que se divierten y se la pasan tan bien como nosotros en este preciso instante, tienen derecho a intentarlo todo.

—Eréndira sonrió de nuevo, guardó silencio por unos segundos, suspiró y habló poniendo su mirada en la

punta pronunciada de su rojo y brillante calzado derecho.

—Realmente ahora no busco nada serio, Clau, necesito tiempo para mí, mas no estoy negada a experimentar —una cucharada de mi propia medicina—, y te debo confesar que con nadie en mi círculo he profundizado tanto en una conversación como lo hice hoy contigo, seguro me juzgarían, son diferentes.

—Entiendo, te mentiría si te digo lo mismo para empatizar y venderte la idea de que somos tal para cual, unos idealistas incomprendidos. No quiero eso, prefiero la verdad, y es que las fantasías reprimidas, hechos traumáticos e inseguridades que tocamos hoy tú y yo son temas cotidianos entre mi círculo de amigos, estamos locos, estamos rotos, es la verdad —me sentí derrotado, sentí que era momento de tirar esa ilusión, de no buscar más ese gol de la victoria de último minuto, de aceptar el nocaut y quedarme así, tendido en la lona.

—Pero —intervino Eren— déjame terminar, a pesar de todo eso. Es que —dudó— demonios, no debo pasar por alto que eres escritor, me pareces bastante interesante y tu primer mensaje tan exacto llamó toda mi atención, pues leíste lo que escribí en "mi descripción de app de citas", y si nuestros primeros días de mensajes no fluyeron tan bien, fue porque estaba cuidando a mi

madre enferma, y tú fuiste paciente en los lapsos donde no pude seguir la charla, aliviaste esos días tristes con tus mensajes —Eréndira hizo una pausa y buscó en su bolsa de La Capitana Marvel su teléfono, abrió la app de citas, prosiguió—: Mira, hay cuatro mil mensajes de cuatro mil hombres distintos esperando, y por algo estoy aquí, no sé, por algo —la voz del cronista Fernando Marcos invadió mi cabeza: "¡El último minuto también tiene sesenta segundos!" Supe que había posibilidades de ganar. Me sostuve fuerte de la cuerda con la voz del réferi en la cuenta de cinco— y eres un tipo pensante, eso me gusta —todo su rostro sonreía aunque sus labios mantenían su posición natural, sus ojos brillaban.

—Tú también eres una chica brillante, me gusta —no supe ni pude decir algo mejor.

—¿Sabes, Clau? Me gustas para hacer cosas locas.

—Sí quiero —dije sin pensar.

—Pero si no sabes qué cosas locas quiero hacer.

—Mientras no sea nada que involucre homosexualidad, dañar a alguien o drogarse, yo quiero.

—Definitivamente habrá marihuana, ¿te animas?

—Sin problemas, yo no me drogo, pero acepto —estaba emocionadísimo, se avecinaba mi contraataque letal, un 4 vs 1 con ventaja en ataque.

—¿Entonces tenemos un trato, Clau? —le tendí la mano y ella me dio la suya para sellar nuestro pacto—. Eréndira puso una cláusula:

—Pero sin enamorarnos, ehh.

—No te preocupes, Eren, entiendo lo que quieres, yo sé jugar esos juegos, cuenta conmigo. ¿Pero en nuestras andanzas de locura y desenfreno cabe la descabellada pero nada mala idea de despojarnos de nuestra ropa en la primera cita? —rematé sin pudor y con bastante descaro.

—Wow, qué directo, ¿quieres? —la mirada sorprendida y brillante de Eren me dio la respuesta. Para ese momento una tensión sensual se había apoderado de todo el ambiente, el sonido de los carros y el bullicio de Av. Reforma se disiparon poco a poco hasta desaparecer, sólo éramos Eréndira y yo.

—Sí quiero, de una vez —recalqué, y ella abrió grandes los ojos, desvió la mirada y expulsó una risita nerviosa.

—Tú conquístame por aquí y me tienes —propuso dándose un par de golpecitos en la cabeza con el nudillo de su dedo índice.

— *Challenge Accepted* —respondí de inmediato, nos reímos fuerte sin dejar de mirarnos.

—Creo que ya pediré mi Uber, uy, está a tres minutos —apuntó Eren, poniendo toda su atención en su teléfono; mientras yo pensaba que eso no podía terminar así.

Me ofrecí a acompañarla a su destino, pero se negó diciendo que, si llegó sola se iría sola; no tuve más remedio que ir con ella a la esquina más cercana a esperar el carro, éste se estacionó a escasos tres metros de nosotros, la hora de decir adiós había llegado.

Me acerqué a besarle la mejilla con la esperanza de que ella buscara mis labios, mas no fue así, nos fundimos en un abrazo largo sin tregua al intersticio, y ella, sin tregua al silencio, dijo:

—Abrázame más fuerte.

Le imprimí más intensidad al abrazo, y, tal vez fue producto del frío, las tres cervezas, los nervios, el asfalto desnivelado o un conjunto de todo lo anterior; pero me tambaleé, perdí un poco el equilibrio o quizá temblé. Enseguida ella lo notó y con el tono más sensual y encantador que había escuchado en mi vida, susurró:

—No tiembles, ¿estás nervioso?

Intenté negarme, mostrarme sereno y ecuánime; sin embargo, ese abrazo había construido un lugar seguro y tan natural en el cual mostrarse vulnerable se sentía bien, en ocasiones mostrarse débil también es ganar.

—Sí, estoy muy nervioso —confesé.

Ella alcanzó mi mano derecha, la levantó a la altura de su barbilla y sin despegar su profunda y brillante mirada de la mía, la besó, posó sus labios sobre ella las milésimas de segundo necesarias para desnudarme el pudor y encenderme todas las ganas que abandoné y tenía olvidadas junto a las más bonitas sensaciones de un pasado distante que creí perdidas.

—No te pongas nervioso, tranquilo —susurró otra vez justo al despegar sus labios del dorso de mi mano, expandiendo mis emociones lejos y de regreso en un suspiro.

Imbuido del conjuro de sus palabras, sujeté su mano con fuerza y la acerqué hacia mí, la distancia entre nuestros cuerpos se hizo corta en un suspiro y alcancé sus labios con los míos. Danzaron nuestras lenguas, su boca encontró un ritmo perfecto donde coexistir con la mía y nos mordimos sensual los labios. Fue un primer beso que aún persiste a pesar de su brevedad.

Después sólo la vi abordar el carro mientras yo extasiado e inmóvil apenas daba cuenta de lo sucedido, luego corrí a cerrar la portezuela apenado, pues hubiera sido perfecto abrirla para que ella abordara, me lamenté en una sonrisa irónica.

—Oye, Clau, eso de las ligas no existe —agregó asomada por la ventanilla del carro, yo la miré extrañado sin mediar palabra. Ella continuó:

—Yo no juego en esa liga de campeones que dices, ni tú en liga mexicana, ninguna clase nos separa, porque lo que en verdad importa es lo que tenemos acá y acá —se tocó la cabeza y el lado izquierdo del pecho, en ese justo orden—. Remató levantando su índice y me sonrió.

Atiné sólo a regalarle mi sonrisa más tierna, transparente y boba.

Ella partió, al tiempo que nuestras miradas cómplices y satisfechas se cruzaban hasta perderse a lo lejos.

Y aunque Eréndira tenía razón y nuestra conexión había estado por encima de cualquier comparación capitalista, esa noche dejé de ser contendiente, campeóné en la Liga MX con gol de chilena en el último minuto, en mi cabeza sonaba el tema final de *Rocky II* y yo había logrado sostenerme en pie al borde del final del conteo, había ganado. Apollo Creed, disfrazado de todos mis miedos y dudas, no se levantaría nunca más de la lona.

H O G U E R A S

Todos los días a las 4 p.m. sonaba la cerradura de la puerta de mi casa, era como una señal de alarma. Pues, sin importar lo que estuviéramos haciendo, mis hermanos y yo corríamos a la sala para sentarnos en el sofá más grande a fingir decoro, a veces con carcajadas ahogadas, escurriendo sudor y un tanto despeinados; u otras, con un golpe a cuestras que a la postre se convertiría en un grande y doloroso moretón. Entonces la puerta se abría y nuestro pequeño departamento se impregnaba de su olor a loción añeja lavanda, el aroma característico de mi papá, que entraba acalorado, a prisa, serio, con las mangas de la camisa arremangadas debajo de los codos. Saludaba con un beso discreto en los labios a mi mamá, asomaba la vista a la sala para cerciorarse de que estábamos ahí sentados y se dirigía al baño a lavarse las manos y la cara; cuando salía del baño, la mesa ya estaba servida y todos ocupando nuestro lugar, esperándolo. Comíamos en silencio hasta que la primera risotada de mi padre llegaba, provocada por

Cantinflas o Tin Tan desde el canal 9 de la TV abierta; dicha risotada era secundada por las de nosotros. Entonces él comenzaba a amenizar las sobremesas con preguntas sobre nuestro día escolar; mi hermana contaba acerca de la secundaria, mi hermano nos hablaba de sus partidos de fútbol en la primaria y yo, entre mi imaginación, mi día a día y mi tartamudez, intentaba inventar historias igual de interesantes que todas las anteriores. Mis padres siempre nos escuchaban atentos. Fueron días valiosos, recuerdos que me han ayudado a alumbrar mis momentos más oscuros.

Luego de las grandes comilonas, mi madre solía ir a la cocina y regresaba al comedor, olla en mano, a ofrecernos una porción más de guisado. Satisfechos, con panza llena, nos negábamos a un bocado más, sin saber que esa olla, en realidad, ya estaba vacía. Teníamos lo justo en comida y en dinero, pero amor tuvimos a manos llenas.

En la sobremesa, mis padres hablaban de gastos, deberes, de las vecinas y los vecinos, de la familia, de los planes para el fin de semana. Después, mi padre nos relataba sus andanzas en la vieja y vigente pero moribunda derecha del PRI. Hablaba de Colosio, y de que todo iba a estar mejor en la familia, que Luis era lo que México necesitaba. Aún recuerdo su cara larga y pálida cuando

se enteró de su asesinato en Lomas Taurinas. Debo decir que, en casa, por la mañana, por la tarde y por la noche, siempre se podían ver y escuchar las noticias: Jacobo, Ochoa, Alatorre, Trujillo, Merker, Aristegui, Loret, etc. Se convirtieron en voces cotidianas de mi vida, voces coronadas por la de mi abuelo, que los fines de semana de sobremesas, en los sábados de reuniones en su casa, relataba con lujo de detalle a cuántos priístas conocía, con cuántos capos del narcotráfico había compartido los alimentos, cómo su amigo Nemesio Diez le pagaba planas enteras de publicidad en su revista “Urgente” y las memorables ocasiones en que, en la Quinta de los Perros, casa de su mejor amigo, el genio Ernesto Sodi Pallares, se reunía a departir con Salvador Novo y otros ilustres invitados en los albores de los años sesenta.

A principios de los años dos mil, directo de un gigante del *calcio* italiano, llegó al Club América el delantero chileno Iván Zamorano, “Bam Bam”, un *killer* laureado con un Pichichi en el Real Madrid de España y goleador del Inter de Milán en Italia, figura que se convertiría en campeón, ídolo americanista y mi héroe futbolístico. Sus remates explosivos de cabeza me hicieron amar el fútbol.

Con diez años, era más bien un niño que no sabía muy bien a dónde ir, influenciado por los medios de

comunicación, historias políticas familiares, revistas de derecha que el abuelo publicaba, trova, música de protesta, un hermano partícipe de la huelga que tomó a la UNAM a final del siglo, historias del Che, Sandino, el Subcomandante Marcos, Televisa y animaciones japonesas. Con acceso libre al librero familiar y a todos los periódicos que mi padre llevaba diario a la casa, desde niño entendí, sin darme cuenta, que la mejor forma para expresarme era a través de las letras.

No lo supe hasta aquel lejano 2005. Cursaba el tercer grado de secundaria con las peores calificaciones y “un futuro más apegado al Reclusorio Norte que a una buena universidad”, así lo afirmaba media plantilla de los paupérrimos profesores —decirles mediocres sería un cumplido— de la infame secundaria diurna a la que asistí.

Fue un viernes en última hora de la semana escolar, clase de español, asignatura temida por todos y cada uno de mis compañeros, incluyéndome, claro está, pues había llegado la fecha en la que nos asignarían proyecto de final de bimestre: leer un libro completo y exponerlo.

El Llano en llamas, *Cien años de soledad* y *Pedro Páramo* fueron algunos títulos que mis compañeros eligieron de la amplia lista escrita en el pizarrón. Mi linaje y el alfabeto me tuvieron siempre un espacio

reservado en los últimos lugares de las listas de asistencia; y aunque en ese momento fingí desinterés, me alarmaba ver cómo las opciones de lectura se terminaban poco a poco.

Tuve que elegir entre *La borra del café*, de Mario Benedetti; *Aura*, de Carlos Fuentes, libro que ya había leído, y *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway, que para ser sincero, a mis 14 años confundí con *Moby-Dick*, obra que también ya había disfrutado. Fue ese viernes cuando, acompañado por la intriga de la palabra “borra” —porque no sabía la definición de esa dichosa palabra—, elegí la novela de Benedetti y comencé a resolver así —bien o tal vez mal— mi sinuoso camino de crucigrama.

Gocé de un mes para leer el libro, treinta días, de los cuales aproveché veintisiete para ver y jugar fútbol, y los fines de semana los disfruté descubriendo la verdad que se escondía tras la blusa de Julieta, mi novia de aquel entonces.

El día veintisiete de treinta, otro caluroso viernes de clase de español, los últimos quince minutos de la semana escolar fueron libres. Yo bromeaba con Paolo y “el Calaca” en una esquina al fondo del aula, y escuché a la profesora mencionar mi nombre y número de lista. A dicha profesora la apodábamos “La cuatro mamas” —ojo que no usamos términos como “chichis” o “tetas”, siem-

pre respetamos el nombre real de las partes del cuerpo humano, como nuestro asesor, el profesor de biología, lo impuso—; dicho mote se debía a que sus pantalones entallados a la cintura le amontonaban una reserva de tejido adiposo debajo de sus pechos —es decir, mamas—. Ella dijo en voz alta y recordó a todos en el aula que a Santomé, el número veintiocho de la lista, “no olvide, le toca exponer el próximo lunes, acerca del libro que leyó”. Desde su asiento echó la mirada hacia mi pupitre, pero yo no estaba ahí. Algo enfadada y entrecerrando los ojos, me encontró en otro lado del aula; su sorpresa fue evidente al verme enfundado en la playera del Club América con diez estrellas en el pecho —una por cada copa ganada—, misma playera que había usado en el partido de la clase pasada —educación física— y que no tenía intenciones de quitarme, y es que era una época gloriosa para el club de mis amores: Blanco, Kleber, Ochoa y Claudio López dominaron a toda la liga de fútbol mexicano aquel 2005. La profesora, luego de guardarse su comentario más despectivo, me observó unos segundos segura de dos cosas: que yo no había leído el libro y que no expondría el próximo lunes; y era la verdad, ella estaba en lo cierto, entonces me preguntó: —¿Ya tienes lista tu exposición, Santomé?

—Ya afinando los últimos detalles, maestra —respondí confiado.

No me creyó, ambos sabíamos que mentía, pero de entre todas las cosas de las que la profesora de Español podía estar segura, sólo en una se equivocaba, pues yo tenía al menos setenta horas para cambiar el juego. Además, el único en el mundo que estaba seguro de que lograría terminar de leer ese libro y preparar una expo era yo, y con eso me bastaba. Nos miramos, jamás cambié mi semblante confiado y le sonreí, pues hay batallas que se pueden ganar sólo sonriendo, al amparo del silencio.

El primer lustro de cada década desgrana reminiscencias de la década anterior. En 2005 el CD daba su mejor lucha contra el MP3, el boleto del Metro aún costaba dos pesos y aunque la Acción Nacional presumía llevar las riendas del país, todos sabíamos que la Revolución Institucional seguía moviendo los hilos al amparo de las sombras. Mi padre, que trabajaba para aquel partido que dejó el poder luego de una extensa dictadura, fue despedido de sus filas con la promesa de ser contratado de nuevo “cuando todo se acomodara”, pero habían pasado cinco años de ese pacto barato y nunca lo llamaron. Fue así que decidió conducir un taxi por las noches, hecho que hacía muy difícil encontrarlo despier-

to y de buen humor por las tardes, pero la tarde de mi confrontación y mi primera victoria contra mi maestra de Español, la nodriza definitiva, fue diferente. Mi padre estaba despierto, comí con él y con mi madre mientras veíamos *El Santo vs. las mujeres vampiro* en el Canal 9. Los créditos finales desfilaban en nuestra vieja TV de cinescopio y se anunciaba:

“A continuación: Cantinflas, con *El bombero atómico*”, cuando aproveché para contarle a mi papá de la entrega de mi tarea el próximo lunes y le pedí dinero para el libro. Recuerdo que me observó serio y en silencio, me atravesó con la mirada y lo entendió todo, esbozó una ligera sonrisa, negó por lo bajo y dijo: “Ay, Osito, Osito, mañana te doy el dinero.” En ese momento descubrí que mi padre también estaba seguro de que yo podía leer un libro y preparar una exposición en dos días, aunque haya tenido treinta para hacerlo. Le dije que no necesitaba más de \$200 y que pensaba comprar el libro de segunda mano en la calle de Donceles, en el centro. Ajustándose a mi plan, prometió dárme los a primera hora de la mañana.

Dicho plan era sencillo: al amanecer compraría el libro, regresaría a casa antes de mediodía, me subiría a mi litera a leer sin parar hasta terminar y después investigaría cómo hacer mi expo. El plan marchó a la

perfección. El sábado a las siete de la mañana recibí los \$200 de la cartera negra de piel que mi padre guardaba en uno de sus sacos colgados en el armario, y luego de unos minutos me encontraba viajando por la línea dos del Metro, sentado en un vagón casi vacío que chorreaba por las ventanas los rayos tempranos del sol y luego daba paso a la oscuridad cuando el convoy entraba al túnel. Siempre, en ese trayecto de San Antonio Abad a Pino Suárez, pensaba si así se sentía morir, si de pronto todo se apagaba sin más que ver alrededor.

Cuatro estaciones después, un recorrido a través del largo pasillo “Del arte”, conexión entre la línea verde y azul del metro Bellas Artes que ese sábado exponía una linda galería de fotos, y luego de un amontonamiento en los torniquetes al salir, por fin subí al exterior por “la salida del Sanborns”. Me desplazé una cuadra hacia el norte y ya estaba recorriendo la calle de Donceles en busca de *La borra del café*.

En el teatro Fru Fru había una escueta fila de gente, “El teatro de la señora que anda con el norteño de *Big Brother*”, pensé. Al cruzar la calle me encontré de frente con la “honorable” Cámara de Diputados, que había visitado respetuosamente el año pasado en un recorrido escolar. —Y pensar que catorce años después mis amigas intervendrían las fachadas del recinto pintando y cla-

mando justicia por Fernanda, que se nos perdió en 2019 y no la hemos encontrado—. Pasé sin escrutar la fabulosa fachada del Teatro de la Ciudad e invadido por los letreros de “Se compran bibliotecas” me hice una pregunta que hasta hoy no me he podido responder:

¿Cuál es el precio correcto de un libro? Mi mente se dejó llevar sobre aquella pregunta y me deslicé en la calle de los libros usados, entre las decenas de centenarias e inmensas librerías en las que pensaba se resguardaban los secretos más increíbles de la humanidad, una gran aventura resguardada en lo más alto al fondo de un librero, o un tomo antiquísimo perdido y olvidado entre tomos de Paco Stanley y Carlos Cuauhtémoc Sánchez, a la espera de ser descubierto sólo por la persona indicada; pero el libro del uruguayo que estaba buscando no había aparecido.

Me detuve en el número 74 de la calle Donceles; una mujer limpiaba el piso, en el aroma se percibía Pinol y luego la lignina descomponiendo poco a poco las hojas de los miles de libros almacenados ahí, provocando el olor característico a “libro viejo” que tanto amamos los soñadores. Al escucharme, la mujer dejó recargado el trapeador sobre un librero, el extremo superior del palo de madera quedó apuntando al lomo de *El primer día*, de Luis Spota. Aquel libro fue un incondicional para mi

padre a finales de los 90, recuerdo muy bien la tapa de ese libro junto a los alteros de periódicos que él leía todos los días cuando se ganaba la vida por las madrugadas haciendo la síntesis informativa para el director de alguna secretaría gubernamental cuyo nombre ahora no recuerdo. Del lomo blanco de *El primer día*, puse mi atención en la encargada, una mujer morena, menudita, de largo cabello rizado. Se deshizo de los guantes rojos de caucho húmedos que resguardaban sus manos de uñas cuidadosamente manicuradas y buscó una llave entre el tintinear de un llavero del que pendían al menos veinte artilugios más; cuando la halló, profanó la vieja cerradura del mueble detrás del mostrador. Era una lujosa vitrina de madera tallada y barnizada. El cerrojo crujió ante el asedio del hierro en su interior y los cristales biselados e impolutos dejaron expuesto su maravilloso contenido. *La borra del café*, de Editorial Nueva Imagen, no salió de una torre de libros usados abandonada sobre un tapanco de madera vieja y paredes con restos de humedad, ni costó 50/70 pesos como lo imaginé. Salió del mueble más lujoso de la librería, sitio donde también los Sempere de Ruiz Zafón acostumbraban custodiar las más lujosas y costosas ediciones de Dumas y Cervantes.

Corrí de regreso a casa, husmeé la fachada del Teatro de la Ciudad que anunciaba a “Fernando Delgadi-

llo en concierto” —le diría a mi novia que fuéramos, pensé—; luego sorteé el tumulto de personas que hacían fila en las taquillas del teatro Fru Fru sin siquiera imaginar que una década después James Bond reventaría ese edificio con una granada, crucé Eje Central, recorrí la plazuela de Bellas Artes y bajé al subterráneo por la entrada francesa. Cuatro estaciones después salí del metro y apresuré mi paso bañado por el sol de mediodía sobre calzada de Tlalpan; recordé que la semana pasada habían asesinado a una chica transexual durante la madrugada, en el mismo lugar donde ahora una señora vendía jugos y sus dos niños pateaban una pelota de colores psicodélicos casi desinflada. “En esta rara ciudad todo te puede pasar”, cité mentalmente a Catana. El tramo de Tlalpan en la colonia Obrera por el que circula la línea más importante de la red del Metro, durante la noche, se convertía en una pasarela de delincuencia, drogas, prostitución y tráfico abundante en los hoteles de paso y en sus hórridos, oscuros y malolientes cruces subterráneos. Luego llegó un nuevo jefe de Gobierno y decidió pintar las paredes llenas de sangre y desperdicio de los cruces subterráneos con un bello color rosa mexicano, los dividió en varios locales para rentar, llenó de comercios esos caminos rosas y toda la delincuencia que pululaba en la zona se fue, pero a trabajar

para el jefe de Gobierno, y así mágicamente nació el primer cártel del crimen organizado en la CDMX.

Llegué a mi edificio en la calle de José T. Cuéllar, una angosta callejuela que se alza a un costado de un desnivel vehicular, monstruo con fauces de caucho y rugido de miles de motores que engulló cientos de mis balones y pelotas más preciadas. La prisa me invadió al cruzar el portal de mi viejo edificio; subí de dos en dos los escalones, principalmente por el bien de la misión, y en segundo lugar estaba mi miedo irracional por ver de nuevo al fantasma de la niña que lloraba al fondo del pasillo en el primer piso. El eco de las pisotadas de mi correteo retumbó en los muros antaños, húmedos y resquebrajados del edificio. Segundo piso al fondo, departamento diez, resguardado por una vieja puerta de madera barnizada de una especie de color rojizo al que mis papás llamaban “tono shedron”.

Le pedí a mi familia que nadie me molestara, me metí en mi habitación, cerré la puerta y trepé la litera. En quince minutos llevaba veinte páginas avanzadas y no había entendido absolutamente nada, respiré y comencé de nuevo. Concilié el sueño a la medianoche a falta de casi treinta páginas por leer; fue un buen avance. Al otro día tuve un domingo holgado, pude ver fútbol al medio-día y “eché reta” con mis amigos de la calle Fernando

Ramírez, a dos cuadras de casa. Regresé a las 6 p.m. Me di un baño y leí de 7 a 11 p.m. Cené una concha de vainilla y licuado de chocolate mientras pensaba cómo preparar mi expo. Por mi mente recorrieron las exposiciones aburridas de mis compañeras “las más brillantes del grupo”, que intentaron explicar la línea sanguínea de los Buendía, apoyadas con láminas y dibujos sin sentido; pero perdieron la atención de su infantil cuasi adolescente público antes de que Aureliano recordara la tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.

Decidí recorrer el índice del libro, ver el nombre de los capítulos y recordar los hechos más importantes, mismos de los que escribí las ideas principales. Posteriormente sintetiqué esas ideas en un listado de los veinte acontecimientos más trascendentales que abordar. Y así quedó mi expo, escrita en los escasos espacios en blanco que existían entre las páginas inundadas de garabatos y dibujos cursis que rezaban: Julieta y Claudio, en las últimas páginas de mi libreta de tareas de forma francesa.

De ese lunes sólo recuerdo cuando la profesora que más gastaba en brasiers de toda la secundaria llegó muy temprano a dar clase y lo primero que hizo fue pedirme pasar al frente. Muy confiado me dispuse a sacar la libreta de tareas marca Scribe de mi mochila, busqué mi

resumen/guía en las últimas páginas, sostuve la libreta con mi mano derecha y usé el dedo índice como separador para no perder la página y evitar sufrir los nervios de tener que buscarla otra vez frente a toda la concurrencia. Cuando la profesora vio la libreta en mi mano, advirtió que, si mi intención era leer, mejor me quedara sentado en mi banca. Ignoré su comentario y pasé al frente aún más confiado, enfaticé mi caminar lento y balanceo de hombros socarrón.

Casi cincuenta minutos después sonó la chicharra anunciando el final de la clase y yo terminaba mi expo, en la cual simplemente charlé con mis compañeros, les conté del cuerpo muerto del Dandy, de las misteriosas apariciones de Rita, todos me escucharon interesados, les detallé diálogos, sucesos importantes de la vida del protagonista, la hora misteriosa que siempre se repetía, y agregué mi teoría de la muerte representada por Rita, citando el párrafo de las últimas páginas del libro donde Mario menciona el espiral de las visiones. La profesora pidió un aplauso para mí, resaltó que mi expo fue la mejor que había escuchado en años y que de esa manera ella quería que todos percibiéramos y compartiéramos la lectura.

Fue mi primer gran triunfo, el primer diez de aquel año escolar, y descubrí, por fin, para lo que en verdad era bueno: los libros.

¿Cuál es el costo correcto de un libro?

Para aquella librería de viejo en Donceles #74, fueron ciento sesenta pesos; para mí, fue el costo exacto de mi sueño más grande hecho realidad, el precio del primer día del resto de mi vida, de mi mejor negocio. Un libro invaluable, *La borra del café*, y también el último regalo que recibí de mi padre.